

EL TABLERO DEL CREADOR

Antonio Martín Luque



Circulo Rojo

1977

EL TABLERO DEL CREADOR

ANTONIO MARTÍN LUQUE

Primera edición: diciembre 2019

ISBN: 978-84-1350-098-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Martín Luque

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Juan Antonio Márquez Ramos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mi madre, a la madre de mi madre, a la madre de mi hijo
y al Sol
que ilumina con su sonrisa cada uno de mis días.

Capítulo 1: La familia Cabral

La luz del claro día veraniego comenzó a extinguirse, y poco a poco fueron encendiéndose los pequeños faroles que colgaban a merced del viento bajo los verdes mantos de parras. A esa hora, los fatigados jornaleros regresaban a sus hogares y saludaban a sus distantes vecinos con fuertes resoplidos de caracolas que llenaban el aire de susurros marinos. A lo lejos se divisaban manadas de cabras que volvían en busca de sus rediles, y algunas bestias de carga atadas junto al pie de algún olivo. Por debajo de Villaciación, donde aún parecía oírse los tambores y trompetas de la última verbena estival, se vislumbraba la encorvada silueta de José Cabral, que regresaba visiblemente agotado. Avanzaba entre rectas hileras de saludables viñas, taciturno. Terminaba el último trayecto de día, pero aún debía pasar por la panadería de Manuel y soltar la voluminosa carga de monte que hacía bambolear a su borrico.

José era un «aislado», un hombre que para subsistir no contaba con el beneplácito del cacique, que era quien movía los hilos de la existencia dentro de las fronteras de su imperio. Y no lo era por su propia elección, sino porque la vida lo determinó así, antes incluso de que llegara a entenderla. Aunque esta marginación social no aglutinaba a un elevado número de sujetos, el modo de incrementarlo era sencillo: solo era necesario contradecir la voluntad del se-

ñor. Había dos tipos de personas denigradas por el patrón: las que tenían algunas tierras y debían luchar por mantener los pies firmes, y las que no la poseían, cuya única alternativa era recoger bártulos y emigrar lejos de las influencias del cacique. José pertenecía a la primera, la de los pequeños propietarios, y como tal había mantenido un duelo pertinaz con la adversidad, hasta el día en que su amigo Manuel le ofreció un puesto en la panadería.

Chumbero, así solían llamar a José y a los tipos como él. El término chumbero podía calificarse de dos maneras: como nombre en boca de las personas llanas y honestas, o como adjetivo despectivo que usaban los siervos del cacique. Pero la profesión de chumbero era, en realidad, una de las escasas alternativas que tenían los pequeños propietarios, pues a menos que vendiesen y aceptasen el yugo, estarían vetados para cualquier trabajo que estuviese bajo la influencia del terrateniente.

Don Miguel, el cacique, constantemente intentaba obtener las últimas parcelas ajenas mediante una compra justa, incluso prometía a los vendedores la seguridad de un jornal continuo, aunque fueran malos tiempos. Pero los que cogieron esa oferta, lo hicieron mucho tiempo atrás, de modo que ahora solamente se oponían a sus deseos un puñado de tozudos luchadores que solo se bajaban del pedestal de la independencia y la terquedad cuando la sequía inundaba las cosechas con su halo de miseria o en la mala hora en que la enfermedad concurría al lecho de un familiar. En estos casos, los propietarios se veían obligados a vender sus posesiones al precio que el mandamás estipulase como respuesta a la rebeldía. Por todos estos motivos, solo quedaba un reducido número de propietarios que, por astucia, suerte o altivez, habían logrado permanecer fuera del control autoritario que ejercía el cacique sobre el resto de la población.

Los dos amigos entraron al patio de la casa y se sentaron en una mesa de madera comida por el sol y la edad. Abrieron una botella de vino tinto y cortaron unas rebanadas de pan moreno que comieron con grandes trozos de queso

añejo conservado en aceite. Mientras comían, Manuel sacó a relucir el rumor que había corrido como la pólvora esa misma tarde en el pueblo, traído por un conocido vendedor ambulante vecino de Alhaurín. Había comentado que tres paisanos dados por muertos dos años antes, al finalizar la guerra Hispanoamericana, aparecieron en Alhaurín ante la atónita mirada de familiares y vecinos, contra toda esperanza y sin ayuda de los timoratos cauces oficiales. Sabía del interés que causaría la noticia en José; unos meses antes, su hijo y un amigo del pueblo habían regresado de la contienda en Filipinas en similares circunstancias. Pero la única respuesta de José fue una mirada ausente y anclada en la nada, lejos de aquellos muros.

—Qué no habrán pasado allí —logró murmurar finalmente, buscando con determinación la mirada de Manuel—. Un día —prosiguió—, pasado ya dos meses largos del regreso de mi hijo, y viendo que no mejoraba de su mutismo cotidiano y de sus noches sudorosas y llenas de pesadillas, le dije que yo estaba allí para escuchar lo que tuviese que contar, fuese lo que fuese. Él abrió la boca en un intento que quedó en gesto y que desembocó en una mirada huidiza, e insistí en que podía contar conmigo para lo que fuese si eso lo ayudaba. Le aclaré que sabía perfectamente todo cuanto podía verse y cometerse en la guerra, que no era su juez ni su enemigo, sino su padre, alguien que le tendería su afecto y su comprensión, pero ni por esas. Simplemente se fue y no lo volví a ver hasta el día siguiente, cuando comprobó que yo había abandonado mi intento de llegar al origen de su infelicidad.

—Nunca quise ahondar en ese tema —aclaró Manuel con titubeo—. Me preocupabais, pero no quería entrar abiertamente ahí. No sé qué pasó, y quizá tú no lo sepas nunca, pero creo que poco a poco logrará centrarse y volverá a ser el que fue, ese chico risueño y abierto. Solo tienes que mirar a su amigo, parece que no haya pasado por todo lo que les tocó pasar.

—No compares a mi Juan con Antonio, pues aunque sea imposible encontrar a dos amigos más unidos y que se ten-

gan más afecto, tampoco lograrás hallar a dos personas tan distintas que pasen tanto tiempo juntas. Mi Juan es nobleza, tacto, espera, duda, e incapaz de conciliar el sueño si cree que actuó mal; el otro, aunque noble también, es pragmatismo puro y resolución, pero ojalá estés en lo cierto.

Después de abordar el hecho, nada ocasional en días en los que constantemente aparecían excombatientes abandonados a su suerte tras la pérdida de las últimas provincias de ultramar, se hizo un prolongado silencio que finalmente rompió José con una trivialidad.

—Se huele la miseria, ¿verdad?

—Se puede tocar con la punta de los dedos —repuso Manuel, perdiendo la vista en el sugerente color del vaso de vino que había criado su propio amigo—. Todo cae en picado y aún no se percibe el fondo. Los precios rozan las nubes y los sueldos gatean. Quien no tenga guardado algo para este invierno, sufrirá.

—Y como siempre, quien sacará tajada de todo esto será don Miguel —expuso José con aire de tristeza.

—Ni lo dudes. Hace lo mismo que hacía su padre en años como este, aguanta las cosechas lo que puede para que a los jornaleros se les meta bien el hambre en el cuerpo y no les quede otra que transigir por un mísero mendrugito.

—El cacique está cortado con el mismo patrón que los de su calaña —sentenció José—, y ahora a mi hijo le entra la calentura de meterse bajo su ala.

—¡No me digas! —exclamó Manuel—. ¿Le ha ofrecido trabajo?

—Para toda la vida, y según mi hijo, sin nada a cambio.

—Ya, pero tú no crees eso.

—Por supuesto. Es más, sé lo que quiere a cambio. Sabe sin tacha que por mi parte nunca obtendrá las tierras, así que busca en mi hijo una deuda que satisfaga con la venta de las tierras que le toquen el día que yo muera.

—¿Y tú no se lo has explicado?

—De mil formas que terminaron en mil acaloradas discusiones, pero está cegado, quizá por una juventud que solo le muestra una ilusión que no sé de dónde saca. He de reconocer que vivir de los chumbos y del huerto no es seguro, pues vienen años de inclemencias donde hemos de comernos las patas como los pulpos. A pesar de eso, mi mujer no murió de hambre precisamente, y a él y a su hermano los puse en cuerpos de hombre sin mendigar, únicamente con mi esfuerzo y esas tierras. Pero ya ves, él ni caso, y menos aún por el hecho de la boda.

—Al menos eso te contenta... A la novia me refiero.

—Oh, sí, por la hija de Pedro Nazaria estoy muy tranquilo, pero ese hecho no quita que me entren dolores de cabeza en cuanto el gallo me obliga a abrir los ojos, y es que no me gusta nada que trabaje para don Miguel, y mucho menos aún que vayan a vivir a su lagar —confesó José con aire visiblemente irritado.

—Yo tampoco veo el asunto con buenos ojos. El cacique es el cacique y todos lo conocemos.

—Pero... ¿qué puedo hacer, Manuel? Estoy harto de explicárselo, pero él nada, solo piensa en tener un sueldo y un techo propio, aunque no le pertenezca. Lo intenté cientos de veces, pero no le entra en esa mollera tan dura que tiene. —José calló y estuvo pensativo antes de sentenciar —: Sería mejor que reconstruyera la antigua casa de Irving y viviese allí. Dinero no tendría, pero al menos no le faltaría comida y evitaría el contacto diario con un ser tan mezquino y despreciable como el cacique.

Amparado por un cielo atestado de estrellas, José abandonó la casa de su amigo, no sin antes quedar para el día siguiente en la taberna del Chiquitín, donde solían reunirse los domingos para cruzar naipes y tomar algunos vinos. Una vez llegó a Royohondo, metió el burro en la cuadra y se dirigió a la casa que él mismo había levantado con la ayuda de sus dos hijos. Tenía solamente dos habitaciones, incluyendo la pequeña sala de entrada, y estaba construida con muros de piedras unidas mediante barro y cal. Sobre los irregulares muros se apoyaban unas torcidas vigas de cho-

po que él mismo transportó desde el río, y sobre estas descansaba un liviano aunque grueso tejado de cañas y brozas en el que una enorme cantidad de gorriones construían sus nidos. Al entrar en la casa, le pareció extraño que ninguno de sus hijos saliera a saludarlo, pero cuando miró en la habitación, comprobó que estaba solo. Salió al exterior y, asistido por la luz de la luna, bajó hasta el arroyo, donde los encontró atareados con el huerto. Una vez que se asearon, salieron al porche para disfrutar del frescor nocturno.

Desde el lugar que ocupaban se distinguían las siluetas de las parras más cercanas. Sin embargo, la misma luz de luna que las delataba no era lo suficientemente intensa como para mostrar el coqueto valle de saludables olivos y almendros. Algunos de esos olivos, centenarios, cobijaron bajo sus sombras el descanso de los moros que siglos atrás poblaron esas tierras, dotándolas de la lozanía que ahora desplegaban. Si cerraban los ojos, podían percibir la invasión de suaves fragancias a jazmín y dama de noche mezcladas con el romero y el tomillo. Así, en animada charla, disfrutando de un suave café de cebada, fueron relatándose los sucesos de ese día, pero una vez que Enrique, el menor de los hijos, se despidió para descansar, José sacó a relucir la misma conversación que había mantenido por la tarde con su amigo Manuel.

—¿Has pensado bien lo que te dije acerca de quedarte aquí?

Juan lo miró con una incalificable expresión que se movía entre el aburrimiento y el claro gesto de que entendía la obstinación de su padre. Durante unos instantes mantuvo esa mirada en silencio, hasta que finalmente liberó una mueca y un resoplido que vislumbraron una sonrisa tenue.

—¿Otra vez, padre? —preguntó Juan en un tono lento y cansino—. ¿No comprende que si me quedo aquí no podremos salir adelante? El día que Enrique se case, ¿cree usted que este pedazo de tierra nos dará de comer a todos?

—Sí, sí que dará —contestó irritadamente José—. No solo está la viña, Juan, está mi trabajo con Manuel, y estás tú, que seguirás vendiendo los chumbos y otros frutos en el

pueblo, y Enrique, que se encargará del huerto y las colmenas. Saldremos adelante, lo sé. Dinero, lo que es dinero, no tendremos, pero al menos no nos faltará comida ni ropa.

—Padre, no quiero volver a hablar de este asunto, lo tengo decidido. Creo que es una buena oportunidad para contar con un trabajo estable.

—No seas necio —gruñó José—. ¿Por qué crees que don Miguel quiere darte un trabajo?

—No lo sé, padre. Tal vez sea por lo que me ha dicho, que admira con devoción a los soldados que expusieron sus vidas para salvaguardar el honor de España contra los Estados Unidos.

—¿Y tú crees eso? Porque yo que me tengo por hombre de ciertas luces, no, desde luego. Déjame explicártelo una vez más —vociferó moviendo repetidas veces el dedo índice hacia delante, al tiempo que le entregaba un documento que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué son todos estos nombres? —inquirió Juan visiblemente perdido.

—Los de arriba, diecisiete si los cuentas, son los nombres y apodos de las personas que terminaron vendiendo sus tierras al padre del que tú llamarás patrón en nada. El antiguo cacique necesitó treinta y dos años para hacerse con ellas, y puedo asegurarte que no lo consiguió por las buenas. Mató a tantas personas que me faltan dedos para contar. Envenenó pozos, destripó ganado, quemó cosechas y arruinó más vidas de las que puedas imaginar. Con eso consiguió arrancar y reunir diecisiete trozos de tierra. Pues bien, en cuatro años, el santo de su hijo, jefe supremo desde el 96, cuando murió el antiguo cacique —señaló José con la mano alzada mostrando cuatro dedos—, ha logrado veintidós. Puede que para ello no matase, vale, pero se sirvió de la miseria humana para lograrlo. No sé cómo lo hizo, pero obtuvo antes de que fuera oficial la lista de reclutamiento del 98, cuando ya se sabía en algunos círculos que la guerra era inminente. Casualmente, todas las personas que aparecen en esa lista, y otras más como tú, estaban destinadas a ultramar, así que lo comunicó a sus familias

que terminaron por vender, logrando que el señorito obtuviese el cambio de destinos a la península primero, y abonando luego las mil quinientas pesetas de la redención a las que los familiares de esos nombres ahí escritos no podían hacer frente. Después de eso, solo quedaron nueve pequeños propietarios, entre los que me hallo, y no porque no entrásemos por el aro, sino porque nueve de los hijos de esas personas se hicieron los valientes y se alistaron voluntarios para liberar a sus familias. De los nueve, volvieron dos, uno de Cuba y tú de Filipinas, junto a tu amigo Antonio, que se marchó con anterioridad por otras razones no muy distantes. Así que no me vengas ahora con paparruchadas y abre los ojos de una vez, idiota. Suma a eso el hecho de que jamás, jamás en la vida, ni el padre de don Miguel ni él consintieron que trabajase para ellos mientras no les vendiese la viña. De la misma manera, ni tú ni tu hermano pudisteis echar un triste jornal en sus tierras porque yo seguía en las mías, así que piensa con cordura y dime: ¿Crees tú que porque pasaste dos años en Filipinas como soldado él levantaría el veto contra ti?

—¿Por qué no? —interpuso Juan de modo tajante.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? ¡Porque no, idiota! —gruñó el padre mofándose de su ingenuidad—. Yo adivinaré para ti, sin posibilidad de equivocarme, el motivo que tiene para darte ese maldito trabajo, y no es otro que el provocado por su constante fracaso a la hora de convencerme para vender. Eso es lo que lo empuja a ello, y te lo advierto para que lo tengas presente: esparcirá cizaña entre ambos, te golpeará y esconderá el brazo para que solo me veas a mí, y no cejará en su empeño hasta que consiga lo que quiere. Y para ello, si es preciso, no le importará derribar lo que se ponga en su camino.

José hizo una pausa para que su hijo recapacitara, tras la cual, le advirtió, algo más sereno.

—Compréndeme, hijo mío, lo que temo es que pueda enfrentarnos.

—Eso nunca, padre. Ni todo el dinero junto o todas las tierras del mundo conseguirían eso, antes dejaría el trabajo

y me vendría aquí.

—Eso es lo que quería oír. Al menos eso me contenta.

Amaneció domingo, su día de descanso en la panadería, pero alguien debía vender los chumbos recolectados el día anterior, porque el hambre no entendía de domingos ni de festivos. Todavía no había aparecido el sol cuando José pasó por debajo del cerro de la Silla, provocando a su paso las arrancadas de inquietos y fugaces conejos y el aletear de perdices aletargadas en sus nidos de cardos. Continuó zigzagueando por la falda del monte hasta bajar por la cuesta Colorá. Al llegar a las primeras casas del pueblo, situadas a unos setenta metros de desnivel respecto al castillo, soltó su conocido grito de «chumbos, chumbos, redondos y barridos, de los pechos de Cártama», con su peculiar voz rota y traicionada por tantas y tantas tardes de ilegal tabaco liado. Poco a poco, conforme iban saliendo las mujeres, el infatigable animal fue aliviado paulatinamente de su carga, de tal manera que, mucho antes de llegar a la plaza del pueblo, sus capachos solo contenían espinas. La venta se hizo con mucha rapidez porque ese día era fiesta popular y se celebraba la llegada de los frutos del verano, así que después de concluirla, José decidió tomar unos vinos en la bodega de los sótanos de la iglesia. Estaba amarrando la bestia junto al pilar para que bebiera, cuando el golpeo de los cascos de un caballo que se le acercaba por la espalda llamó su atención.

—Buenos días, José.

Antes de girarse y ver al individuo que lo saludaba, supo quién era.

—Buenos días, don Miguel —le respondió llevándose la mano al sombrero en señal de respeto, pero sin llegar a descubrir su cabeza, gesto que irritaba profundamente al cacique, aunque se encargaba de disimularlo.

—Tenía ganas de verte y de hablar contigo.

El cacique bajó del caballo y lo amarró a una de las muchas anillas de la pared que había junto al pilar. Hizo el esfuerzo de descubrirse, a lo que José respondió como si de un reflejo se tratara, y le estrechó la mano. Entraron a la taberna, ante la petición de don Miguel, y se dirigieron al fondo del tubo alargado que era la estancia. La luz del día se aventuraba unos pocos metros a través de la puerta y la ventana enrejada, dejando la parte del final iluminada solo por un fogón que calentaba una olla hirviente. El tabernero saludó al cacique con cierto nerviosismo y con un guiño escondido de apoyo a José. Su intento de poner una palmaria que mitigara la penumbra fue abortado con un gesto casi imperceptible del mandamás.

Antes de saborear el vaso de vino, el señor miró a los paisanos sentados en las dos mesas cercanas, y estos, sin mediar palabra, apuraron sus vasos y salieron a la calle tras los pasos del tabernero, dejando a solas a los dos hombres.

—Deberías saber ya que no voy a venderte ese trozo de tierra. Ni aquí ni en ningún otro escenario que levantes para engatusarme —soltó José a media voz, pero cerciorándose de que el cacique lo había oído con claridad.

No había en sus palabras acritud ni ánimo de hacer sangre, solo parquedad y ganas de no perder el tiempo. Don Miguel lo sintió como un aldabonazo, a pesar de que lo había esperado y de creerse preparado para ello. Por ese motivo, se aseguró de que estuviesen solos. Se recompuso y habló con tranquilidad, intentando ganar la iniciativa.

—¿Cómo sabes que quiero hablar de ese asunto y no de la seguridad que tendrá tu hijo en adelante?

—Ambos sabemos que mi hijo es el medio, que yo soy el escollo que intentas salvar, y que mis tierras son la orilla lejana. Actores, trama y escenario, nada más, don Miguel.

Al señorito le exasperaba aquella petulancia, esa manera adusta y formal de hablarle. En las tabernas, con sus iguales, siempre lo había visto desenvolverse como si fuese otro hombre: con irreverencia, sin tonalidad en sus expresiones, soltando onomatopeyas en lugar de adjetivos, acompañando su lenguaje de exabruptos cotidianos, de un modo

acorde al que le correspondía por nacimiento. Sin embargo, las pocas veces que había conversado con él, sacaba a relucir lo recogido en aquellos dos volúmenes de leyes que había heredado de su padre, y este a su vez de su abuelo, y que habían servido como defensa para muchos vecinos y amigos en asuntos de lindes y otras disputas. Aunque don Miguel no lo supiese, no eran sus únicos argumentos para que se expresase de aquel modo, pues también tenía el respaldo de una pequeña biblioteca que no superaba la veintena de libros, leídos y releídos hasta la extenuación, tanto por él como por sus hijos. Por eso, el hombre que le hablaba no lo hacía solo, pues sus labios y su garganta liberaban sugerencias de Cervantes, Quevedo, Irving, Dumas, Hugo, Unamuno, suficiente metralla léxica como para amedrentarlo.

—¿Ves? ¿Crees que esta es forma de alcanzar un trato, José? Yo hago un esfuerzo por contentarte, muy por encima de lo que suelo ofrecer, y tú por contra me humillas con tu altivez y sin siquiera oír mi propuesta.

—No, don Miguel, perdone —aclaró José pausadamente cortando la charla del cacique, pero asegurándose de pedir perdón por ello con un claro gesto de la mano—. El trato es el trayecto que hay desde una petición a una proposición, y se alcanza cuando las dos partes aceptan. Aquí no hay petición, nunca la hubo ni la habrá por mi parte. Comprenda que esas tierras son mi vida. Con siete años, y aún lo recuerdo, ayudé a mi abuelo a sembrar seis olivos con los que ganamos un tramo más a la montaña. Mis abuelos, mis padres, el sudor y la sangre de ellos están por ahí, y por eso le ruego que lo entienda de una vez. El día de mañana, cuando yo falte, que mis hijos hagan con ellas lo que quieran, pero yo no puedo, compréndame.

El cacique posó sobre José una mirada neutra, ilegible, mientras tomaba nota de los negríssimos ojos que sostenían con determinación su escrutinio. Le irritaba tanto que siempre le cambiara el tratamiento de tú a usted y viceversa que... Se centró nuevamente en sus ojos, y en ellos divisó, como en otras ocasiones, la dureza de una roca. Era un